



PETER
STRAUB

CASAS
SIN PUERTAS

Los relatos recogidos en esta nueva selección de Peter Straub no están inundados de la sangre y vísceras diversas a las que nos tienen acostumbrados casi todas las obras recientes del género de terror. Por el contrario, recuperando la tradición de los mejores clásicos, su lectura nos resultará inquietante, nos producirá una sensación de malestar que tardaremos mucho en olvidar.

A Scott Hamilton y Warren Vaché

*Condenada está la casa sin
puerta
por la que penetra el sol.
Después se quita la escale-
ra
porque la fuga se ha consu-
mado.*

EMILY DICKINSON

Vio a un hombre joven que vestía jersey negro holgado y pantalón también negro, y que caminaba calle abajo en dirección a ella. Su cabello negro ondeaba al viento y su rostro parecía estar iluminado por una sonrisa. Pensó que siempre era agradable ver a alguien sonriendo en la calle; era como una señal de afabilidad. Cuando estaban a punto de cruzarse, ella se dio cuenta de que estaba haciendo muecas, no sonriendo, y de que tenía los ojos humedecidos. Esto sucedió en Nueva York, uno de esos días en que el cielo tiene un color gris plomizo, el aire es gris y frío y la gente se pone la chaqueta y el jersey por primera vez. Ella se volvió y lo miró mientras pasaba por delante de ella, preguntándose qué podía haberle ocurrido. Al joven aún le envolvía una extraña luminosidad, y la mujer se dio cuenta de que otras personas también lo estaban mirando.

LA ROSA AZUL

A Rosemary Clooney

1

En un sofocante día de verano, los dos muchachos más jóvenes de los cinco hermanos Beevers, Harry y Little Eddie, estaban sentados en sillas con respaldo de mimbre en el desván de su casa de la calle South Sixth de Palmyra, Nueva York. Su padre lo llamaba «el cuarto de los trastos de la planta de arriba» debido a que aquel amplio espacio irregular se destinaba a guardar cajas llenas de manteles, un montón de abrigos para niña, de tallas cada vez más pequeñas, y los viejos vestidos con olor a humedad que Maryrose Beevers había momificado como testimonio de la superioridad de su pasado sobre su presente.

Un espejo alto que podía bascular en su marco, un recuerdo de los tiempos gloriosos que una vez disfrutó su madre, revelaba ahora a Harry la nuca de Little Eddie. Aquel objeto, que en realidad parecía más maleable que lo que debiera parecer una cabeza, asomaba precisamente por detrás del respaldo de la silla. A Harry le pareció que incluso la nuca de Little Eddie estaba tensa.

—Escúchame —dijo Harry. Little Eddie se retorció en la silla, y la silla tambaleante se retorció con él—. ¿Te crees que te estoy tomando el pelo? La tuve el curso pasado.

—Bueno, pues ella no te mató —replicó Little Eddie.

—Por supuesto que no me mató. Yo le caía bien, estúpido. Sólo me pegó un par de veces. A otros chicos les pegaba cada día.

—Pero los profesores no pueden matar a la gente —contestó Little Eddie.

Con nueve años, Little Eddie era sólo un año menor que su hermano, pero Harry sabía que para éste, muy poco desarrollado para su edad y siempre quejumbroso, él formaba parte del mundo de los adultos, al igual que sus hermanos mayores.

—La mayoría de los profesores no puede —contestó Harry—. Pero ¿y si viven en el mismo edificio que el director? ¿Y si les han dado premios por su trabajo, eh?

¿Y si todos los demás profesores de la escuela les tienen pánico? ¿No te crees que pueden asesinar a alguien impunemente? ¿Tú crees que alguien echaría de menos a un mocoso como tú, a un renacuajo como tú? La señora Franken llevó a un chaval, al enano de Tommy Golz, al guardarropa, y allí mismo lo mató. Yo lo oí gritar. Al final sólo parecía como si balbuceara. Él intentaba gritar pero tenía la garganta demasiado llena de sangre. Nunca regresó, y nadie dijo ni pío al respecto. Ella lo mató, y el próximo curso será tu profesora. Espero que estés asustado, Little Eddie, porque tienes razones para estarlo. —Harry se inclinó hacia adelante—. Tommy Golz incluso se parecía un poco a ti, Little Eddie.

El rostro de Eddie se crispó como si lo hubiera atravesado un rayo.

En realidad, el pequeño Golz había sufrido un ataque de epilepsia y lo habían sacado del colegio, como Harry muy bien sabía.

—La señora Franken odia sobre todo a los mocosos egoístas que no comparten sus juguetes con los demás niños.

—Yo comparto mis juguetes —gimió Little Eddie, mientras las lágrimas empezaban a correrle por las delicadas manchas de suciedad que le cubrían las mejillas—. Todos cogen mis juguetes, eso es lo que pasa.

—Entonces dame tu descapotable ultrarrápido —ordenó Harry. El descapotable había sido el regalo de cumpleaños que tres días antes le habían hecho a Little Eddie un

padre radiante y una madre malhumorada—. O se lo diré a la señora Franken en cuanto vuelva a la escuela en otoño.

Bajo la capa de suciedad, el rostro de Little Eddie se iba volviendo casi del mismo tono gris blanquecino de su cabello.

De repente se oyó un portazo de mal augurio.

—¿Niños? ¿Qué estáis haciendo ahí arriba en el desván? ¡Venga, bajad!

—Sólo estamos sentados en las sillas, mamá —gritó Harry.

—¡No destrocéis esas sillas! ¡Bajad aquí inmediatamente!

Little Eddie se levantó de la silla y se preparó para marcharse.

—Quiero ese coche —susurró Harry—. Y si no me lo das, le diré a mamá que has estado jugando con sus vestidos viejos.

—¡Yo no he hecho nada! —gimió Little Eddie, y se precipitó hacia la escalera.

—¡No hemos roto nada, mamá! ¡De verdad! —gritó Harry. Consiguó unos minutos más de tiempo al añadir—: ¡Voy enseguida! —Se levantó y se dirigió a una caja de cartón llena de libros interesantes que había descubierto el día anterior al cumpleaños de su hermano y que habían sido su objetivo antes de que se acordara del cochecito de juguete y engatusara a Little Eddie para que subiera allí arriba.

Cuando Harry salió, un poco más tarde, y empezó a bajar los peldaños del desván, llevaba en la mano un libro de bolsillo muy viejo y roto. Little Eddie estaba temblando de miedo y rabia en la puerta del dormitorio que los dos niños compartían con su hermano mayor Albert. En la mano tenía un cochecito azul de metal que Harry cogió al instante para introducirlo seguidamente en el bolsillo delantero de sus tejanos.

—¿Cuándo me lo devolverás? —preguntó Little Eddie.

—Nunca —replicó Harry—. Sólo los egoístas quieren que se les devuelvan los regalos que hacen. ¿No lo sabías?

Cuando Eddie frunció su rostro para empezar a lloriquear, Harry dio unas palmaditas al libro que tenía en sus manos y añadió:

—Aquí tengo algo que te ayudará con la señora Franken, así que no te quejes.

Su madre le cortó el paso mientras bajaba por la escalera hacia la planta principal de la casita, donde se hallaban la cocina y la sala de estar, ambas habitaciones con el suelo cubierto de linóleo descolorido, el verdadero «cuarto de los trastos», separado por una cortina tiesa marrón de lana de la pequeña habitación improvisada donde dormía Edgar Beevers, y el dormitorio más amplio reservado para Maryrose. A los niños nunca se les permitía adentrarse más que unos pocos pasos en aquella horrible habitación porque podían desordenar los misteriosos «papeles» de Maryrose o tropezar con las filas de muñecas antiguas colocadas sobre el asiento de la ventana, que era la única y más apreciada distinción arquitectónica de la casa de los Beevers.

Maryrose Beevers se hallaba al pie de la escalera, observando con suspicacia a su cuarto hijo. Ella nunca había tenido el aspecto de una mujer que juega con muñecas, y ahora menos que nunca. Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. El humo de su cigarrillo formaba espirales al pasar por delante de los gruesos cristales de sus gafas, que eran como las alas de un pájaro y agrandaban sus ojos.

Harry introdujo la mano en el bolsillo y cogió el cochecito con los dedos, como si lo quisiera proteger.

—Las cosas que hay ahí arriba pertenecen a mi familia —comentó ella—. Enséñame lo que has cogido.

Harry se encogió de hombros y mostró el libro cuando estuvo cerca de ella.

Su madre se lo arrebató e inclinó la cabeza para ver la cubierta del libro a través del humo del cigarrillo.

—¡Oh! ¿Es uno de los libros que están en la cajita de ahí arriba? Tu padre solía fingir que leía libros. —Intentó leer el título de la cubierta—. *Hipnotizar es fácil*. Debe ser alguna de esas porquerías que venden en el drugstore. ¿De verdad quieres leerlo?

Harry asintió.

—Supongo que no puede hacerte daño. —Le devolvió el libro con indiferencia—. La gente de buena clase lee libros, ¿sabes? Yo solía leer mucho antes de quedarme aquí atrapada con un puñado de inútiles. Mi padre tenía muchos libros.

Maryrose casi rozó con la mano la parte superior de la cabeza de Harry, pero luego la apartó bruscamente.

—Tú eres mi pequeño intelectual, Harry. Tú eres el único que va a ver mundo.

—El próximo curso voy a ir bueno en la escuela.

—No bueno sino bien; vas a ir muy bien. Siempre y cuando no desperdicies tus oportunidades por hablar como tu padre.

Harry sintió aquel dolor característico, una mezcla de desprecio, vergüenza y terror, que se apoderaba de él cuando Maryrose hablaba de su padre de aquel modo. Murmuró algo que sonaba a conformidad y dio unos cuantos pasos lateralmente y alrededor de ella.

2

El porche de la casa de los Beevers se extendía casi dos metros a ambos lados de la puerta principal, y en él esta-

ban depositados los muebles que resultaban demasiado grandes para que cupiesen en el cuarto trastero o demasiado humildes para ser conservados religiosamente en el desván. En el porche, debajo de la ventana de la salita, había un columpio hundido a la izquierda de un sofá verde antiguo de imitación de cuero que había sido reparado con cinta adhesiva de color negro. Al otro lado de la puerta principal, de la que en aquel momento estaba saliendo Harry Beevers, había una nevera inservible de la época en que los Beevers se casaron, y dos sillas cojas plegables que Edgar Beevers había ganado jugando a las cartas. A esos objetos nunca se les había permitido entrar en la casa. Aunque no de forma oficial, ese lado del porche estaba reservado al padre de Harry, y por consiguiente poseía una atmósfera totalmente distinta —de frustración, anarquía, vergüenza—, de la que reinaba en el lado del columpio y el sofá.

Harry se arrodilló en territorio neutral, delante mismo de la puerta principal, y sacó el cochecito del bolsillo. Colocó el libro de hipnotismo sobre el porche e hizo rodar el cochecito de metal por su parte superior. Luego le dio un fuerte empujón y lo contempló mientras su morro chocaba con la madera, produciendo un ruido metálico. Repitió esto varias veces antes de apartar el libro, estirarse boca abajo y dar al cochecito un empujón decisivo hacia el columpio y el sofá.

El cochecito rodó unos cuantos centímetros hasta que un listón irregular lo hizo ladearse y detenerse.

—Coche estúpido —le increpó Harry, volviéndolo a coger. Esta vez le dio un empujón más fuerte hacia el reino de su madre. Un trocito de pintura, frágil y rígido, que se había desprendido de la plancha del coche, se partió por la mitad y quedó encima del cochecito inmóvil como un colchón en miniatura.

Harry arrancó el pedacito de pintura y lanzó el coche hacia atrás, al otro lado del porche, donde de nuevo se

descontroló y chocó con la parte lateral de la nevera. El muchacho corrió porche abajo y esta vez lanzó el cochecito de nuevo en dirección al columpio. El cochecito chocó contra el asiento acolchado del columpio y cayó con fuerza sobre la madera. Harry se arrodilló frente a la nevera, jadeando.

Harry se sentía extraño; era como si tuviera la cabeza llena de toallas mojadas y calientes. Se levantó y se dirigió hacia el lugar donde yacía el coche delante del columpio. Odiaba el aspecto que tenía, pequeño y desamparado. Entonces probó a colocar uno de sus pies sobre el cochecito y percibió la presión del mismo sobre la suela del mocasín. Harry levantó el otro pie y lo colocó igualmente sobre el coche, pero no ocurrió nada. Saltó encima del coche, pero el mocasín no tenía más efecto que el pie desnudo. Harry se inclinó y recogió el cochecito.

—Tú, cochecito estúpido —dijo—. No sirves para nada, estás hecho un cacharro.

Le dio unas vueltas con las manos. Seguidamente introdujo sus pulgares entre el chasis y uno de los pequeños neumáticos. Al empujar, el neumático se movió. Sintió que su rostro ardía. Apretó el neumático con fuerza con sus pulgares, y el pequeño donut negro salió disparado hacia los hierbajos altos y espesos que crecían delante del porche. Tenía dificultades para respirar, pero más por la emoción que por el esfuerzo realizado. Harry hizo saltar el otro neumático frontal hacia la maleza. Luego se dio rápidamente la vuelta y empezó a rascar el coche contra la pared que estaba junto a la ventana del dormitorio de su padre. En la pintura aparecieron arañazos largos y profundos. Cuando Harry miró la parte superior del coche, descubrió que también estaba arañado. Descubrió la cabeza de un clavo que sobresalía algo más de medio centímetro de la pared frontal de la casa, y rascó el coche contra él, arrancando una larga corteza pintada de azul del lado del conductor del cochecito. El metal gris empezó a relucir a través de los arañazos.

Harry golpeó el coche varias veces contra el saliente del clavo, arrancando cada vez trocitos de pintura. Jadeando, extrajo los dos pequeños neumáticos traseros y se los metió en el bolsillo porque le gustaba el aspecto que tenían.

Sin neumáticos, lleno de rascadas y abollado, el descaпотable deportivo ultrarrápido había perdido la mayor parte de su poder. Harry lo miró con profunda y amarga satisfacción, cruzó el porche y lo empujó hacia la maleza. Desde el interior de tallos y hojas, el metal gris y la pintura azul le lanzaban destellos. Harry introdujo las manos en el interior de la maleza y movió sus brazos hacia atrás y hacia adelante. El coche cayó dando vueltas y desapareció.

Cuando Maryrose apareció malhumorada en el porche, Harry estaba sentado tranquilamente en el columpio chirriante, hojeando las primeras páginas de libro de bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué eran todos esos golpes?

—Estoy leyendo. No he oído nada —replicó Harry.

3

—¡Hombre, pero si está aquí el tío mierda ese! —dijo Albert, subiendo a saltos los peldaños del porche media hora más tarde. Tenía grandes manchas negras de grasa en el rostro y en la camiseta. Albert, un muchacho bajito y musculoso de trece años, pasaba todo el tiempo que podía holgazaneando por la gasolinera, que quedaba a dos manzanas de su casa. Harry sabía que Albert lo despreciaba. Albert levantó un puño e hizo un movimiento espasmódico y amenazador hacia Harry, quien se echó hacia atrás. Albert solía propinarle tremendas palizas, al igual que sus otros dos hermanos mayores, Sonny y George, que actualmente

estaban destinados en bases del Ejército en Oklahoma y Alemania, respectivamente. Lo mismo que Albert, sus dos hermanos mayores habían decepcionado profundamente a su madre.

Albert se echó a reír, y esta vez blandió su puño a pocos centímetros del rostro de Harry. Al tirar el puño hacia atrás, hizo saltar el libro de las manos de Harry.

—Gracias —dijo Harry.

Albert sonrió con afectación y desapareció por la puerta principal. Casi el instante, Harry oyó a su madre que empezaba a gritar al ver la grasa que cubría la cara y la ropa de Albert. Albert subió la escalera con fuertes pisadas.

Harry abrió sus dedos apretados y luego los extendió, cerró la mano y luego volvió a extender los dedos. Cuando oyó que la puerta del dormitorio de arriba se cerraba, se atrevió a saltar del columpio y recoger el libro. Estar cerca de Albert le hacía sentirse como un muelle encerrado en una caja. Desde la parte de atrás del piso de arriba de la casa, Little Eddie lanzó un gemido fantasmal. Maryrose le amenazó vociferando que iba a abofetearlo si no se callaba, y eso fue todo. Aquellas tres infelices vidas que se hallaban dentro de la casa volvieron a quedarse en silencio. Harry se sentó, localizó la página en que se había quedado y empezó a leer de nuevo.

Hipnotizar es fácil había sido escrito por un tal doctor Roland Mentaine, y su vocabulario era más extenso que el de Harry. El doctor Mentaine utilizaba palabras como «orquestar», «inefable» y «realizar», y algunas de sus frases seguían una trayectoria a través de tantas oraciones subordinadas que Harry perdía el hilo. Pero a Harry, que había empezado a leer el libro sin demasiadas esperanzas de poder entender algo, le pareció que era maravilloso. Ya había conseguido leer casi todo el capítulo titulado «El poder de la mente».

A Harry le parecía fabuloso que mediante la hipnosis uno pudiera dejar de fumar, de orinarse en la cama y de